

EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO SOBRE LA NACIÓN EN LA DÉCADA DE 1920

Patricia Funes¹

Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

A Juan Carlos Grosso
In Memoriam.

I. Como dice Roger Bartra, la nación es el más hollado y a la vez el más impenetrable de los territorios de la sociedad moderna. Es un lugar común expresar perplejidades y dudas al intentar definir la nación y también es de rigor advertir con cautela (casi con culpa por la asignatura pendiente) sobre la provisionalidad e incompletud del estado teórico llamando a una urgente clarificación terminológica.²

Pero las naciones existen desde determinado momento en la historia y, además, sobreviven (y, en casos con obstinadísimo vigor). Esa elemental y contundente realidad lleva a plantear también, la perentoria búsqueda de explicaciones. "La nación es prosa de monsieur Jourdain y enigma de la esfinge. Ante la dificultad, las teorías de la nación no se ponen de acuerdo y parecen hallarse ante *una evidencia que deslumbra, una certidumbre que se evapora*".³

Como dice Gil Delannoï: "no se capta el fenómeno nacional sino por sus ambivalencias. Así, en la nación hay una parte de estética que escapa a la teo-

1. Profesora Asociada de la materia "Historia Social Latinoamericana".

2. Véase, por ejemplo: HOBBSAWM, E.; *Naciones y nacionalismos desde 1780*; Crítica; Barcelona; 1991; p. 9. GELLNER, E.; *Naciones y Nacionalismo*; Alianza; Madrid-Buenos Aires; 1991; p. 20. RENAUT, A.; "Lógicas de la nación"; en DELANNOI-TAGUIEFF (comps.); *Teorías del nacionalismo*; Paidós; Barcelona; 1993; p. 37). JAFFRELOT, C.; "Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo"; DELANNOI-TAGUIEFF; *Op. cit.*; p. 203.

3. Delannoï, G.; "La teoría de la nación y sus ambivalencias"; en: DELANNOI, G. y TAGUIEFF, P (comps.); *Teorías del nacionalismo*; Paidós; Barcelona; 1993; p. 9

ría, pero también una parte de teoría que escapa a la estética⁴. Y agregaríamos, la difícil dimensión analítica de la sensibilidad, que, creemos también (y en gran medida), explica la pertenencia nacional. La nación como concepto, parece conjugar lo teórico y lo estético, la emoción y la razón, lo orgánico y lo artificial, lo individual y lo colectivo, lo particular y lo universal, lo étnico y lo cívico, la continuidad y la ruptura.

En la modernidad, es en el espacio de la nación en el que se desarrollaron las fuerzas sociales, las económicas, la producción cultural, las diversidades regionales, los conflictos sociales, étnicos, religiosos. Al mismo tiempo, son esas fuerzas las que construyen y recrean lo nacional en una reciprocidad compleja y no lineal. Sin embargo no es fácil asir la historicidad de las naciones. Visiones cristalizadas por la educación, la historia, el sentido común, parecen clausurar la temporalidad de las naciones. Pareciera entonces, que han existido por siempre y que jamás dejarán de existir. Es que, en parte, el esfuerzo de ingeniería política que supone la creación de "comunidades imaginadas" reside precisamente en elaborar rotundas e intemporales imágenes de autorreconocimiento que permanezcan más o menos indemnes ante el vertiginoso cambio inherente a las sociedades modernas.

La revitalización del problema de las nacionalidades, el nacionalismo y la configuración de nuevas naciones en los últimos años ha generado una producción copiosa desde distintas miradas disciplinarias. En los campos de las ciencias políticas, la economía, la sociología, la antropología, las relaciones internacionales, la historia, la filosofía e, incluso, la crítica literaria, el problema de la definición de la nación se ha constituido en un tema central. Esto lleva a un *aggiornamento* del problema que ha promovido, también, su revisión en América Latina. Un doble movimiento parece llamar la atención sobre el problema en nuestros días: la conformación de nuevas naciones que, por ejemplo, reinstalan el problema de la autodeterminación en términos que parecían saldados en Occidente desde la configuración del mapa europeo a posteriori de las Guerras Mundiales (reivindicaciones nacionales inspiradas en criterios étnicos, religiosos, a veces planteados desde un fundamentalismo que parecía ya saldado). Por otra parte, las recientes demandas secesionistas en países de sólida tradición nacional (el caso de Quebec, de la Liga del Norte en Italia, etc.) más animadas éstas por la diferencia de los desarrollos económicos regionales que por discutibles cuestiones identitarias. Mercado, autodeterminación e historia se entrelazan en un telar en el que los hilos van tensándose para formar una trama específica y a la vez, universal. Crispando estas situaciones novedosas, los procesos de regionalización y globalización generan un movimiento que tiende a borrar lo que conocemos como Estado-nación en el sentido clásico. Esto último desafía a las ciencias sociales para repensar nuevos espacios sociales, políticos e, incluso, culturales que acompañen las cada vez más cristalizadas lógicas económicas que trascienden al Estado-Nación. "La mayor parte de los conceptos, categorías y leyes formuladas

4. *Ibidem*; ps. -10

por las ciencias sociales tienen por base las relaciones, los procesos y las estructuras de dominación y apropiación, integración y antagonismo, soberanía y hegemonía peculiares de la sociedad nacional. Las principales teorías de la sociedad, tales como la evolucionista, positivista, funcionalista, marxista, weberiana, estructuralista y sistémica, entre otras, toman por base relaciones, procesos y estructuras propias de la sociedad nacional (...). Apoyadas en esas teorías, la economía, la política, la geografía, la demografía, la sociología, la antropología y la historia, entre otras ciencias sociales constituyeron, constituyen y siguen constituyendo una parte importante de su patrimonio teórico."⁵

Las complejas relaciones entre nación y globalización, que trascienden este artículo, lejos de abandonar el consagrado tema, lo desvelan con mayor elocuencia. Entre otras cosas porque los mismos procesos de globalización (que tienden a superar las fronteras) llevan a respuestas societales y políticas complejas y a veces contradictorias: el cierre de fronteras a inmigrantes, las corrientes xenofóbicas, el creciente racismo, invocan paradójicamente, las fronteras del Estado-Nación en su forma más clásica.

A estas incertidumbres, se suman, para el caso de América Latina, otras que son parte constitutiva de su historia: las relaciones de dependencia, que recortan drásticamente la autodeterminación, fue un problema central en el desarrollo de las naciones de la región. Por otra parte, la situación colonial dejó una herencia cultural diversa pero común en todo lo que hoy llamamos América Latina, esto, sumado a lo impreciso de los límites geográficos y jurídicos hizo que el recorte fronterizo de los estados y las notas características de lo nacional fueran una operación profundamente ideológica. Como dice Gellner, fueron los nacionalismos los que crearon la nación y no a la inversa. Esto también lleva a resituar el problema en otros términos. Y es éste un problema de la mayor relevancia ya que hubo cierta apropiación de lo nacional, considerado patrimonio casi exclusivo de los nacionalismos y los nacionalistas. De allí que sea procedente hacer lugar a la advertencia hermenéutica de Andre Taguieff, que hacemos nuestra: "(...) existe una historia nacionalista del nacionalismo y una historia antinacionalista del nacionalismo, que construyen de modo diferente, pero conflictivo, sus objetos respectivos. (...) el discurso historiográfico, la historia culta, prolonga a su manera los antagonismos ideológico-políticos. Nos parece desde entonces que la historia de las ideas políticas, al aplicarse a un objeto como el "nacionalismo", ha de analizar prioritariamente las interacciones conflictuales constitutivas de los 'ismos' y 'anti-ismos', los trayectos, las circulaciones y las inversiones de los enunciados definicionales, etc. (...) se trata de objetivar estas interacciones polémicas, de incluirlas en la definición misma del objeto de la his-

5. IANNI, Octavio; "Nação e globalização", en: Cervo, Amado y Döpcke, Wolfgang (organizadores); *Relações Internacionais dos países americanos. Vertentes da História*; Linha Grafica Editora, Universidade de Brasília; Brasília; 1994; p. 426.

toria".⁶ Consideramos que la advertencia vale también para el objeto "nación", muchas veces leído exclusivamente en los términos antes citados. Complementariamente, pensamos que existe un frecuente desplazamiento del problema de la nación al del nacionalismo y, más aun, una dominancia interpretativa que forma parte de nuestra tradición ensayística (más que historiográfica) de recortar la primera cuestión desde la mirada de los nacionalismos, sobre todo aquellos más extremistas, totalizantes y tradicionalistas.

La intención de este trabajo es señalar un conjunto de problemas que formaron parte de la discusión latinoamericana acerca de lo nacional en la década de 1920. No pretendemos agotar el tema, ni en su complejidad ni en su extensión, sino más bien, realizar algunas aproximaciones del debate ejemplificándolo con la producción de algunos ensayistas y pensadores en cuatro países: Argentina, Perú, Brasil y México.⁷

II. El problema de la construcción de la nación en América Latina se plantea en el momento de la ruptura colonial, aun cuando sus contenidos distaran de ser diáfanos y unívocos. El primitivo y elemental gesto identitario del "Nuestra América"⁸ reflejaba menos una adscripción nacional que un sentimiento de oposición respecto de las metrópolis y el pasado colonial. Más negativa que afirmativa la frase bolivariana del "no somos indios, no somos españoles", reveló las dificultades que enfrentaron los sectores revolucionarios para recortar cultural y territorialmente una pertenencia definida. "Nuestra América" se identificaba con espacios imprecisos, a veces la escala era regional o local, otras veces continental, casi en ningún caso aludía a lo que muy posteriormente fueron los estados naciones. Si la geografía y el contenido identitario eran lábiles, menos lo era la pertenencia social; hasta Martí el posesivo "nuestro" venía a confundirse con los sectores blancos-propietarios e hispanoablantes. Las generaciones liberales decimonónicas tuvieron no pocos problemas para arraigar en la historia una legitimidad que encarnara los principios universalistas a los que adscribían. Los derechos civiles y políticos, y la república de ciudadanos, era a la vez punto de partida inspirador y horizonte de llegada. Sin embargo, las sociedades latinoamericanas fueron no poco díscolas para adaptarse fácilmente a ellos. Se sabía qué pasado negar: tres siglos de la más

6. TAGUIEFF, Pierre A.; "El nacionalismo de los 'nacionalistas'. Un problema para la historia de las ideas políticas en Francia"; en: DELANNOI, G. y TAGUIEFF, F; *Op. cit.*; p. 66.

7. Nuestra estrategia metodológica, en esta oportunidad, no es tratar el problema por países, sino cruzar y comparar las distintas interpretaciones acerca de la nación y lo nacional en función de problemas conceptuales comunes.

8. Hemos tratado distintos significados de la frase "Nuestra América" en: FUNES, Patricia; "Del *Mundus Novus* al Novomundismo. Algunas reflexiones sobre el nombre de América Latina", en: *Cuadernos del CLAEH*, Número 63-64, Montevideo, 2da Serie, Año 17, 1992-93, ps. 67-79. Una versión ampliada de este artículo fue publicada en: Garcindo Dyrell, Eelianne y Gricolli Iokoi, Zilda; *América Latina Contemporánea: Desafíos e perspectivas*; Ed. Expressão e Cultura- Eitora de Universidades de São Paulo; San Pablo; 1996; ps.77-97.

exasperante oscuridad y tiranía de la metrópoli pero esa ruptura, como todas en la historia, debía anclarse en alguna continuidad que necesariamente debía interpelar un pasado real o construido por imperio de las circunstancias. En algunos casos, la invocación al pasado indígena, no exento de estilización y como mero recurso retórico fue una de las opciones. *El Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos* (1809) de Bernardo de Monteagudo, es un buen ejemplo de la perentoriedad de la búsqueda y lo atrabiliario del resultado.

Una vez producidas las independencias continentales, una irrefrenable tendencia centrífuga se desplegó balcanizando los grandes espacios administrativos y políticos, reemplazados por formas de dominación moleculares, que, sin embargo reconocían su sentido en la lógica colonial. Establecidas las fronteras a partir de la centralización política hacia los años ochenta del siglo pasado, los imperativos "modernizar y civilizar" del credo liberal, se impusieron sobre una metáfora del progreso lineal que nadie discutiría sino hasta la Primera Guerra Mundial. Las ideas positivistas devinieron una religión cívica que vino en auxilio para suturar la gran brecha existente entre el discurso legitimador de la acción y las prácticas políticas, es decir esas "repúblicas sin ciudadanos", lo que significaba (en los términos más acabadamente liberales) unos Estados sin naciones. Consideramos que en el denominado "período de organización nacional" cobra fisonomía el componente estatal del Estado-Nación: la centralización e institucionalización del poder, el recorte de un territorio, la inserción de las economías en el mercado mundial, la organización de un corpus normativo y jurídico, etc. Esta transición hacia la constitución del Estado se realizó paralelamente a la articulación de las economías regionales en el mercado mundial y es al compás no uniforme de ese proceso que tanto la sociedad cuanto el aparato estatal irán complejizándose, diferenciándose las esferas privadas de las públicas y resquebrajándose (con distinta intensidad en los diferentes países) los mecanismos tradicionales de dominación de características clientelares, personalistas, paternalistas. Esto llevó a buscar principios alternativos de cohesión social.

Consolidados los Estados, el pensamiento latinoamericano de comienzos de siglo intentó redefinir el problema nacional.⁹ Objetos tales como "las multitudes", el "pueblo", o el "alma nacional", fueron creados por los pensadores positivistas para precisar inclusiones y, sobre todo, exclusiones (y a legitimar y fundamentarlas). Concretamente: el problema del "control social" o, en la frase de la época, de la "cuestión social" fue puesta en el centro de las especulaciones. En el contexto de la fuerte tensión entre una "dinámica" económica y el ingenuo deseo de

9. Hemos tratado este tema, junto con Waldo Ansaldi en: "Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana"; *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*; México; nro. 2; sept.-dic; 1994; ps. 193-229.

una "cinética" social, cristalizó el emblemático "orden y progreso". Y -con la fórmula- una consideración de lo social más ligada al primer término que al segundo. Nació así, en la ensayística del período una preocupación sociológica que intentó dar cuenta de estas "patológicas" sociedades. Existió un interés particular por parte de los intelectuales positivistas en adjudicar a la composición racial de las sociedades latinoamericanas la causa más reveladora de frenos al desarrollo. En esa actitud gnoseológica puede leerse cierta decepción, cuando no un rotundo pesimismo respecto del poder de la libertad individual y la autodeterminación, cualidades que desde el terreno filosófico se desplazaron al plano político. Cuál era, entonces, el "alma nacional" fue la pregunta metodológica para plantear un orden político acorde con la misma. Así se filia la "genética social" con el tema de la identidad y éste con el orden político. Así, si el concepto central explicativo es el de raza, los sujetos son -de manera impecablemente coherente con el "método científico"- clasificados "jerárquicamente". Esa "jerarquía" supone una "inevitable" desigualdad biológica, pero -sobre todo- diferencias y subalternidades despiadadas en el plano moral, inmodificables voluntaria o históricamente. De allí que se infiera la urgencia de corregir los "excesos" de democracia sobre los que incautamente (o "románticamente", en las visiones más benévolas) está fundada la legitimidad política de los Estados Nacionales, aun en el plano más formal de las Constituciones.¹⁰ Y es ese orden político el lugar privilegiado hacia donde se dirigen las reflexiones. Probablemente la inmigración y la educación fueran las "soluciones clínicas" más frecuentes que se esgrimían para paliar la conformación "enferma" del "organismo social". Se suturaba así el incómodo problema de la igualdad y la soberanía de las mayorías y por reflejo aparecían los imprescindibles "gendarmes necesarios", los "cesarismos democráticos", fundamentaciones diversas de los gobiernos oligárquicos.

III. En la primera década del siglo la difusión, primero tímida y luego decididamente, de corrientes humanistas y espiritualistas (como el arielismo, el espiritualismo y el regeneracionismo español del 98) fueron gestándose contestaciones tanto en el plano de las ideas cuanto en el plano político. La crisis que sucede a la Gran Guerra llevó a una revisión de la hasta entonces inobjetable idea de progreso y del abanico de certezas sobre las que se asentaba el orden liberal-conservador.

En ese contexto definir qué es la nación, a dónde remontar su origen, cuáles son los contornos que la definen y quiénes conforman su núcleo original, se volvió objeto de controversia. El debilitamiento del orden oligárquico como consecuencia de los primeros síntomas de agotamiento del orden primario-exportador,

10. Vaya un ejemplo: "Las teorías que mayormente determinan la política hispanoamericana consisten sin duda en falsas o incompletas aplicaciones del principio democrático-representativo de la Revolución Francesa. Estamos todavía aquejados de jacobinismo agudo" BUNGE, C.; *Nuestra América. Ensayo de psicología social*; Arnoldo Moen Editores; Bs.As.; p. 305.

la complejización social y la aparición de actores sociales, generalmente urbanos, que cuestionaron ese orden, llevó a una revisión del problema nacional.

La evaluación de la crisis era moral, de allí que "cosmopolitismo", "materialismo", fueran considerados consecuencias, no deseadas del "orden y progreso". El criticismo juvenilista de los años veinte, heredero en gran medida del movimiento de la Reforma Universitaria generó una fuerte crítica hacia el orden precedente. Esta "nueva generación" y la "nueva sensibilidad" que la acompañaba unía lo joven con lo nuevo, la vanguardia y la polémica. Un territorio intelectual crítico se abrió a partir de la posguerra. Arena bastante movediza, soliviantada por fluidos heterodoxos sobre el yermo territorio del positivismo que ya no daba cuenta de estas sociedades. Búsquedas eclécticas algunas, más formalizadas, otras: espiritualismos (y aun no se ha explorado profundamente, esta veta en la conformación del imaginario de los movimientos ideológicos contestatarios en América Latina) e idealismos; vitalismos, relativismo einsteniano, oposición de generaciones orteguanas o en la falsa clave shakespereana de Rodó (Ariel, Calibán, Próspero?¹¹), decadentismo spengleriano, humanismo socializante de Rolland, marxismo "de Marx" o tamizado por Sorel, por Lenin, o por la "Internacional Comunista" (en el caso de los recientemente creados Partidos Comunistas latinoamericanos). Estas vertientes (y esto es sólo una mezquina e incompleta enumeración) por la vía de la metáfora, del análisis conceptual o del diseño de respuestas a la crisis, fueron carriles por los que circuló el pensamiento crítico de la década, animado por un espíritu antimperialista a través del cual se recortaron las fronteras "Indoamericanas". Los análisis orgánico-biologista dieron paso a espiritualismos varios que trocarán idealismos, o bien esencialismos que intentarán dar cuenta a través de estas lentes del fenómeno nacional.

Vamos a plantear muy sintéticamente esta cuestión a partir de cuatro cuestiones que no pretenden agotar el tema sino que marcan algunas inquietudes frecuentes en la producción intelectual del período:

1. En la década del veinte se produce un desplazamiento en el pensamiento respecto de la nación, de una consideración en términos genético-biológicos a una consideración en términos socio-políticos y culturales. Aun cuando el análisis se mantenga, en algunos casos, en el terreno

11. Pocas metáforas han sido tan exitosas como la que instaló Rodó a comienzos de siglo y que, no sin las críticas pertinentes, retomó esta generación convirtiéndose, hasta hoy en una forma de problematizar América Latina. Véase, entre otros, los trabajos de Roberto Fernández Retamar desde su primer "Calibán" (*Revista Casa de las Américas*; nro. 68, sept.-dic.; 1971) hasta su último "Adiós a Calibán" (*Idem*, nro. 191; abril-junio; 1993). También el ya clásico trabajo de Morse, Richard; *El Espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo; Siglo XXI; México; 1982*. Una revisión del mismo en: Arocena, Felipe y De León, Eduardo (comps.); *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina; Vintén Editores; Montevideo; 1992*.

"racial" o "étnico", el sentido último no deja de dar respuestas al orden cultural y social antes aludido.

Al tiempo que se ponía en tela de juicio el orden tradicional y los presupuestos sobre los que se acentaba el orden oligárquico¹² (es decir, la exclusión en términos políticos, sociales y étnicos de las mayorías) se incorporaban al análisis acerca de la nación sujetos que antes quedaban fuera del análisis y que -en los años veinte- pasaban a ser -en algunos casos- centrales. Por ejemplo, el indigenismo, como corriente ideológico-política, fue una de las expresiones más rupturistas. Un buen ejemplo es el movimiento indigenista cusqueño, el grupo *Resurgimiento*, liderado por Valcácel, que es bien ilustrativo de la superación de las anteriores formas de entender la cuestión indígena (las corrientes del lascaianismo o bien las filantrópico-costumbristas). Criterios tales como raza, lengua, religión y -sobre todo- la recuperación de la unidad cultural del Incaio como "ficción orientadora" imprimieron a la propuesta de nación del indigenismo radical de los veinte de una importante cuota de utopía retrospectiva acompañada de una radicalizada propuesta política (quizás la más contestataria respecto del orden oligárquico ya que la oposición se da, entre totalidades sociales) como es la de la redefinición del espacio andino y el programa que en los treinta será el del comunismo cusqueño del estado Aymara y Quechua. Para Luis Valcácel el Perú esencial y profundo es el Perú indio. Su proyecto de regeneración nacional se basa en dos presupuestos: por un lado "el problema indígena lo resolverá el indio" y, por otro, invierte los términos de la consideración respecto del problema al enunciar ya que no se trata de "regenerar al indio", sino de "regenerar al Perú". La única vía es hacer de la cultura indígena el eje de la verdadera nacionalidad".¹³

Andinismo, agrarismo, ruralidad conformaron un concepto nacionalitario que tiene como esencia la cuestión étnico-racial-cultural en términos exclusiva y excluyentemente indígena. Ni blancos, ni mestizo: "El mestizaje de culturas no produce sino deformidades".¹⁴ En los veinte peruanos se produce una interesante polémica entre los sectores del socialcristianismo (Víctor Andrés Belaúnde¹⁵), los sectores indigenistas y, también, retomando el discurso de estos últimos pero encarando el problema desde lo económico-social, los socialistas, sobre todo en la original perspectiva de análisis de José Carlos Mariátegui.¹⁶ Es

12. Vale la advertencia respecto de que las situaciones sociopolíticas son muy heterogéneas en los distintos países de América Latina y, por caso, Argentina y México ya habían descrito un proceso de ruptura del orden oligárquico.

13. VALCARCEL, L.; *Tempestad en los Andes*; Lima; Amauta; 1927. Reproducido en: TAMAYO HERRERA, J.; *El pensamiento indigenista (Antología)*; Lima; Mosca Azul; 1981; p. 98.

14. *Ibidem*; p. 112.

15. Véase, por ejemplo: BELAUNDE, Víctor A.; *Meditaciones Peruanas*; Compañía de impresiones y publicidad editores; Lima; 1932; p.4.

16. Sobre todo en sus obras *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* y en *Peruanicemos al Perú*.

particularmente interesante la comparación entre el tratamiento del problema del indio en México y en Perú, por las disímiles realidades sociopolíticas de ambos países (la consolidación del proceso revolucionario y el orden oligárquico del oncenio leguista, respectivamente). Los sectores hegemónicos de la Revolución Mexicana realizaron un notable esfuerzo por incorporar a la cultura oficial las señas de un México agrario, campesino e indígena, habiendo vencido ya a los ejércitos de Zapata y de Villa. La necesidad de incorporar las distintas etnias al paisaje nacional era inminente "aunque no parecía haber acuerdo sobre cómo hacerlo. Desde Manuel Gamio (...) hasta Agustín Yañez en la década del cuarenta, pasando por Othón de Mendizábal y Héctor Pérez Martínez en los estudios sociales o Diego Rivera y sus seguidores en el ambiente artístico, una buena cantidad de autores planteaban la necesidad de "recuperar" lo indígena para el bien de la cultura mexicana. Recuperar implicaba reconocer, revalorar y reinterpretar las contribuciones de los diversos grupos indígenas a la llamada "idiosincrasia nacional".¹⁷ Incorporación más retórica (y sobre todo pictórica) que efectiva ya que fue la construcción del "México Mestizo", mito que intentó galvanizar la pertenencia nacional. En esta dirección se inscribe el pensamiento de Luis Molina Enríquez, quien realizó un esfuerzo por conjugar lo étnico y lo social en la consideración de la sociedad mexicana. El mito mestizo, anticipado por Molina Enríquez y desarrollado por las obras de Manuel Gamio¹⁸ y, sobre todo, de José Vasconcelos,¹⁹ nació de la búsqueda de la homogeneidad, del imperativo de sintetizar los conflictos sociales, regionales y étnicos que la Revolución había expresado y evidenciado en diez años de guerra civil. Como decía Tannenbaum, si la Revolución tenía un programa, "era crear la nación". Si Manuel Gamio sugería "indianizar la civilización mexicana", para Vasconcelos, el mestizo sería la síntesis racial de iberoamérica, la "quinta raza universal", así, "el efecto de la profecía vasconceliana es hacer de la raza cósmica un mito y de éste un imán unificador (...)."²⁰ Por otra parte, la apoteósica labor realizada por Vasconcelos desde la Secretaría de Educación Pública, rebasó sus intereses intelectuales para expandir un verdadero programa de nacionalismo cultural de carácter esteticista y masivo que incorporaba un haz complejo de diversos nacionalismos.

2. "Salvar a la nación" se erige en una tarea que los intelectuales explícitamente toman como parte de sus incumbencias. La expresión "salvar la nación" es recurrente y alude a un estado de crisis que se refiere sobre todo a la falta de cohesión social. La búsqueda de "ficciones orientadoras"

17. Pérez Montfort, Ricardo; *Estampas del nacionalismo popular mexicano. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*; CIESAS; México; 1994; p. 164.

18. Véase Gamio, Manuel; *Forjando Patria y Hacia un México Nuevo*.

19. Sobre todo *Raza Cósmica e Indología*.

20. Basave Benítez, Agustín; *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*; Fondo de Cultura Económica; México; 1992; p. 134.

y "mitos constitutivos" capaces de establecer sobre otros parámetros el lazo social, guarda relación con la aparición en el terreno público de sectores sociales antes excluidos que son visulizados como potenciales disruptores del orden. En este sentido, la imbricación entre nación y pasado histórico llevará a la controversia por la reconstrucción de los orígenes.

Esta dimensión temporal es objeto de duras polémicas. Uno podría leer cada una de las posturas acerca de la nación exclusivamente a partir de la consideración de los orígenes, que revela toda una cosmovisión de la construcción del pasado histórico y, consecuentemente, una definición de qué es la nación. Reaparece la sanción de un Renan, muy leído y citado en la época, y su sentencia respecto del pasado: "El olvido, e incluso diría el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación...". Y aquí el punto crucial se dirime en función de las Independencias. Para los indigenistas más radicales las etnias son nacionalidades, de allí que, por ejemplo, para Valcárcel, la verdadera nacionalidad peruana se remonte a Tawantinsuyu. La Conquista y la República, desde estas lentes, han pervertido la nacionalidad. Para V. A. Belaúnde, en cambio, la nacionalidad comienza a desplegarse con la conquista ya que el Tawantinsuyu era "una formación estatal, más no nacional". Es coherente esta afirmación con la "ficción orientadora" que aporta para "salvar al Perú" que es la del Perú "mestizo" y la de la religión católica como elemento cohesionador²¹. Para el pensamiento aprista, que intenta recuperar idealmente el pasado indígena, la nación, sin, embargo, comienza a expresarse a partir de la Independencia. Para los científicos mexicanos el mojón independentista estaba en la conservadora declaración de la independencia de 1821, en los veinte en cambio, se recuperan las figuras de Hidalgo y de Morelos, antes soslayadas por la historia oficial del porfirato. Más allá de esto, la pregunta por la mexicanidad que despliegan obsesivamente intelectuales como Vasconcelos, Caso, Ramos abrió un conjunto de interrogantes que interpelaban al pasado colonial e, incluso, precolombino, y a sus símbolos y cosmogonías: La Malinche y Guadalupe, Cortés y Malinche, Cuahutémoc, etc.

El caso de Brasil añade otras particularidades ya que, en términos políticos la Independencia "pactada" con la Corona de Portugal, restó fuerza al hito de los orígenes y el hecho de que la construcción del Estado se realizara bajo la forma del Imperio, cuya caída es contemporánea a la abolición de la esclavitud y la instauración de la República también debilita esta dimensión del pasado. Si bien la invención de "Tiradentes" como precursor de la nacionalidad y la independencia es esbozada por la República para anclarse en un pasado legitimador, ésta "fue proclamada sin un movimiento nacional, sin participación popular. La primera batalla simbólica se libró en torno a la forma de gobierno. La República intentó cambiar los símbolos nacionales, crear nuevos héroes (...). Buena

21. "Esta unidad de religión es la base de la unidad nacional, que sin ella, acaso, no existiría". Belaúnde, V; *Op. cit*; p.122.

parte del esfuerzo fue en vano (...).²² Lo importante de la revisión de los años 20, como dice el historiador Murilo de Carvalho, fue el descubrimiento del pueblo y el sentido positivo de su existencia intentando superar al ufanismo clásico, para el que la naturaleza y la geografía eran los datos nacionalitarios por excelencia. A partir de entonces la gente comenzaba a ser considerada como hacedora de la nación. Es sintomático que el lema provocativo de los modernistas "antropofágicos" sea "tupí or not tupí", cuestión que lleva a plantear el problema de la identidad en términos totalmente distintos a los del orden precedente.

En Argentina, el "otro" social que "desafía" el problema nacional es el inmigrante. No es casual que, frente a este interlocutor, se refuerce la idea del gaucho como símbolo de la nacionalidad. El *Martín Fierro* de José Hernández fue redescubierto por Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, y a partir de ese momento fue consagrado como el poema de una argentinidad que en el siglo anterior había sido considerada "barbarie". La pregunta-referencia en la década del diez estará marcada por la delimitación de lo "argentino" en relación a la ostensible presencia del componente inmigratorio. Y no pocas polémicas se generaron respecto de ello.

Sólo por dar un ejemplo de ese riquísimo y complejo debate baste recordar la propuesta del telurismo asentado sobre bases hispanoindígenas que propuso Ricardo Rojas²³ para explicar la nacionalidad argentina. Esto generó una polémica con aquellos intelectuales que no podían ostentar los mismos "blasones", ni la prosapia del escritor tucumano-santiagueño y que -sin embargo- reivindicaban su pertenencia a una nacionalidad que -en la definición de Rojas- los excluía. Tal es el caso, por ejemplo, de José Ingenieros quien polemizó con Rojas en 1913 desde las páginas de la *Revista de América* que dirige García Calderón: "Tu credo representa la aspiración de una vieja Argentina feudal que se extingue; mi nacionalismo, el de una nueva Argentina que se va europeizando. Tú pones tu ideal donde Belgrano; yo donde Sarmiento".²⁴ En los años veinte Alberdi, Echeverría y sobre todo Sarmiento, vuelven a ser tema de análisis y crítica. La educación como vía de homogeneización y difusión de los valores nacionales fue la estrategia central para ensanchar una nacionalidad que se creía amenazada. Si en la década del diez el poema de Hernández se coloca en el centro de la polémica, los veinte producen *Don Segundo Sombra*, otro gaucho, otro significado; el que queda definitivamente descartado es Moreira.²⁵

22. MURILO DE CARVALHO, José; "Brasil: naciones imaginadas"; en: Aninno, A., Castro Leiva, L y Guerra, F. (comps.); *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*; Iber Caja; Zaragoza; 1995; p. 410.

23. ROJAS, Ricardo; *Blasón de Plata*; M. García Editor; Buenos Aires; 1912; p.164.

24. Citado por: SOTO, L. "Ricardo Rojas y la americanidad"; en: *Revista Iberoamericana*; Año XXIII; Nro. 46; julio-diciembre; 1958. Número Homenaje a Ricardo Rojas; p.323.

25. Moreira, es -para Gálvez- la representación de las tendencias agresivas, la afición a la guapeza; el "moreirismo" expresa "nuestro espíritu faccioso, nuestro culto al coraje y nuestra manía revolucionaria" (*Diario de Gabriel Quiroga*; p.225). Para Ingenieros, en cambio, no es representativo del alma argentina en formación, sino "un amoral congénito, es decir, un delincuente nato con las características impresas por el ambiente gaucho" (citado por TERAN, O.; *José Ingenieros. Antimperialismo y Nación*; Siglo XXI; México; 1979; p.64). Queda claro que, para ambos, en 1910, Moreira, resume un conjunto de cualidades negativas.

Más allá de los casos puntuales cuyo tratamiento excede los límites de esta presentación, lo que queremos poner de relevancia es la centralidad del pasado como fuente de datos para "construir" la idea de nación. Y esta operación es crucial para analizar y ubicar las distintas instancias modeladoras del concepto. Porque a partir de ellas se definen dos grandes vertientes: una visión "restauradora" de la nación puesta en un pasado que hay que recuperar (o recrear) y visión constructiva, de una nación a forjar en el futuro. Y esto se relaciona conceptualmente con una cuestión que hace a la ambivalencia misma de la idea de nación que hemos planteado: una visión que clausura el futuro y otra que clausura el pasado.

3. La nación y el problema de los espacios socioculturales. Nación y región. En el ambiente revisionista y crítico de los años veinte aparece delineado en el pensamiento latinoamericano la inversión de uno de los valores matrices del imaginario y la acción política del siglo XIX: nos referimos al binomio sarmientino de "civilización y barbarie"²⁶. Esto trae aparejado una reconsideración respecto de lo urbano y lo rural en la constitución de las naciones latinoamericanas.

Cuando Ricardo Rojas retoma una de las últimas preguntas sarmientinas²⁷ ("Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde?") intentó reemplazar la contradicción del *Facundo* por la de "exotismo e indianismo", una de las tantas fórmulas del período en el que la reivindicación de lo rural estuvo presente.

Porque las ciudades presentaban una fisonomía contradictoria: por un lado, eran el espejo del progreso, la modernidad, la civilización y, por otro, un ámbito de creciente hostilidad cuando (como contracara de esos mismos procesos) contingentes de obreros socialistas y anarquistas se apropiaron de esos lugares singulares. La calle se transformó en un lugar para el ejercicio de la opinión, la recreación, el encuentro, la protesta. Esta "publicidad" aparecía transgrediendo la "privacidad" de una política restringida a los clubes de notables y los círculos familiares. Ligado a ello "utilitarismo" y "cosmopolitismo" fueron acusaciones recurrentes en la problematización acerca de lo nacional, sobre todo por aquellos que, sin renegar de los beneficios de la modernidad no se resignaban a la pérdida de las certezas de una tradición que construyen explícitamente. Por ejemplo Gálvez, necesita recurrir a la diferenciación entre "cultura" y "civilización", para salvar este tópico²⁸. Lo que queremos poner de relevancia es que

26. Retomamos aquí algunas ideas ya expuestas en un trabajo anterior: "Nación, patria, argentinidad: ecos de una disputa. La reflexión intelectual sobre la nación en la década de 1920", en Ansaldo, W., Pucciarelli, A. y Villarruel, J. (editores); *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria (1914-1946)*; Editorial Biblos; Buenos Aires; 1996, sobre todo ps. 128 y ss.

27. ROJAS, Ricardo; *Blasón de Plata*; M. García Editor; Buenos Aires; 1912; p.164.

28. "En Buenos Aires hay civilización pero no cultura. Estos términos indican cosas desemejantes. La cultura poco tiene que ver con los cereales y los frigoríficos y deriva de necesidades espirituales y no materiales". GALVEZ, M; *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*; Arnoldo Moen & Hno. Editores; Buenos Aires; 1910; p.71.

fue la ciudad el *locus* disruptor de la dominación en sociedades, como las latinoamericanas, profunda y predominantemente agrarias. Esto guarda relación con que -paradójicamente- el discurso de la vuelta a una arcadia rural no interpeló a los sujetos rurales, antes bien estuvo dirigido a neutralizar a los sujetos urbanos.

Esto provocará reacciones diversas. En algunos casos la reivindicación de lo rural fue acompañada de una actitud restauradora de ciertos valores tradicionales que se asociaron a la nación, como expresión de su estado "puro", distorsionado por la orientación "europeísta" de las generaciones ilustradas decimonónicas. En otros casos se produjo un "descubrimiento" de los valores rurales, a veces acompañado de la recuperación de sujetos sociales antes excluidos de la cultura y la política (los campesinos, los esclavos). En uno u otro -por adhesión o rechazo- es advertible una reconsideración de lo rural y lo urbano en relación a la nación. A veces esto asumió la contraposición campo-ciudad, otras la oposición entre la capital y las provincias (o las ciudades de las provincias como en el caso del Perú) y en otros una reflexión acerca del problema regional.

El debate regional entre los intelectuales peruanos discursó por los binomios Costa-Sierra/ Lima-Cusco y fue uno de los temas nodales en torno a la nación. Por ejemplo, para Valcárcel: "El Cusco y la sierra son la naturaleza, el ruralismo, lo perenne e indarraigable. Nada extraño que Lima sea extranjerista -hispanófila!- imitadora de los exotismos, europeizada; y el Cusco, vernáculo, nacionalista, castizo, con un rancio orgullo de legítima prosapia americana".²⁹ Si bien Mariátegui coincidió con lo exótico de Lima para el conjunto de la nación peruana, abordó el problema regional sobre otra lógica argumentativa: "Admitida la prioridad del debate del "problema del indio" y de la "cuestión agraria": "(...) resulta absolutamente imposible considerar la cuestión del regionalismo (...) desde puntos de vista no subordinados a la necesidad de solucionar de manera radical y orgánica los dos primeros problemas".³⁰

En México, por ejemplo el proceso revolucionario replanteó el fenómeno regional (hubo algunas regiones "revolucionarias" y otras "revolucionadas"), sobre bases diferentes al inestable pero efectivo equilibrio porfirista. En los años veinte esta situación no tuvo solución definitiva, se buscó, entonces, una representación de la *mexicanidad* que intentó atender a la diversidad regional, como una de las riquezas y de las originalidades del país. "Sin embargo, poco a poco se impusieron los principios hegemónicos de una referencia regional -el Bajío- como signo central de la identificación nacional. El charro y la china poblana bailando el jarabe tapatío se fueron convirtiendo en el cuadro mexicano por excelencia. Las necesidades de identidad nacional permitieron toda clase de

29. VALCARCEL, L.; *Op. cit.*; p. 112.

30. Mariátegui, J.C.; "Regionalismo y centralismo"; en: *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*; Era; México; 1979 (Primera edición: 1928); p.175. Este problema lo hemos tratado en: "Salvar al Perú: Nación y democracia en la década de 1920", en: *Revista de Historia*/4; Universidad Nacional del Comahue; marzo; 1994; pp.119-147.

generalizaciones y excesos simplificadores, que confrontaron historias, regiones y clases".³¹

El regionalismo fue un tema central en la reflexión brasileña de la nación en los veinte. Es por esos años que San Pablo disputó la hegemonía cultural y política a Río de Janeiro y, reivindicó para sí la concentración de los valores nacionales que, en el proceso de modernización que describe el país, se relacionaron con el trabajo, la racionalidad (según el lema de Menotti dal Picchia "Amar al Brasil es trabajar"). La visión "ufanista" de San Pablo conlleva la descalificación de Río de Janeiro como expresión de la "brasilidad": la promiscuidad de sus playas, el aspecto anárquico de su economía, la futilidad de los hábitos cariocas y la violencia e inmoralidad de su carnaval son objeto de innumerables crónicas publicadas en el *Correio Paulistano*.³² Comenzó delinearse la idea de San Pablo como centro de irradiación de la historia del Brasil por ser la "sede de la civilización melancólica de los bandeirantes" (Euclides da Cunha).

El debate que se da en el interior del movimiento modernista a partir de 1924 es expresivo de las tendencias antes marcadas. A partir del lanzamiento del *Manifiesto regionalista del Nordeste* en 1926 el denominado grupo *Verde-Amarelo* reaccionó contra el cosmopolitismo ciudadano desplegando un interesantísimo debate (sobre todo con Mario de Andrade) en torno al problema del regionalismo y la nación. En el *Manifiesto* el joven Gilberto Freyre hacía un llamado para crear "Un sistema nuevo y flexible en que las regiones, mejor que los estados, se complementen y se integren activa y creadoramente en una verdadera organización nacional". Para el grupo paulista *verde amarelo* era urgente una "política de defensa del espíritu nacional"³³ amenazado por las corrientes de ideas exóticas. El regionalismo, el interior, lo primitivo y -sobre todo- el factor geográfico, constituyeron las bases del nacionalismo cultural brasileño. Por su parte Mario de Andrade recreó la polémica acerca de lo regional sobre otros parámetros: la idea de "desgeografización", "proceso a través del cual se descubre además de las diferencias regionales una unidad subyacente relativa a su identidad". Esta percepción de lo nacional que defendía la eliminación de las partes en favor del conjunto fue una idea central del modernismo. Desde ese lugar, los intelectuales modernistas intentaron recuperar las tradiciones en una búsqueda de la identidad brasileña, pensada en términos de "tradiciones móviles" reivindicando -incluso- una temporalidad propia de Brasil en el cuadro internacional. El grupo *verde-amarelo*, en cambio consideraba las tradiciones como algo fijo y, en algún sentido, ahistórico centrando el análisis en la cuestión geográfica. Si en la visión de Mario de Andrade la nación estaba construida de tiempo, para los *verde-ama-*

31. Pérez Montfort; R.; *Op. cit.*; p. 141.

32. Pimenta Veloso, Monica; "A brasilidade Verde-Amarela" nacionalismo e regionalismo paulista"; en: *Estudios históricos*; Río de Janeiro, vol. 6; nro. 11; 1993; pp. 93. La traducción es nuestra.

33. Hélios; "Correio Paulistano", 13-4-1923; citado por Pimenta Velloso, M; *Op cit*; p.97.

relo estaba hecha de espacio y era el carácter imponente de la geografía del Brasil quien dictaba su destino grandilocuente.³⁴

4. Nación, democracia y orden político. En busca de una nueva legitimidad. Una vez definido el perímetro de los Estados en América Latina, la preocupación por definir el volumen de la nación aparecerá a partir de los primeros síntomas del debilitamiento del orden oligárquico como consecuencia de la complejización social y la aparición de actores sociales, generalmente urbanos, potencialmente disruptores del orden político. Lo anterior lleva a una revisión de las relaciones entre Sociedad y Estado. Consideramos que una de las formas centrales que asumió esa revisión fue la reflexión sobre el problema nacional, en el plano de las ideas y en el plano político.

Si crear, recrear, restaurar o construir la nación aparece como una urgencia en la agenda temática de los intelectuales del período, esta reflexión se relaciona estrechamente con lo que podríamos llamar la disolución del sujeto liberal clásico tal como lo considerara la tradición decimonónica. Esto moviliza a la búsqueda de un reemplazo que contribuya a resolver esta crisis de representación simbólica y política. Lo anterior guarda relación con la crisis del liberalismo-positivismo, y la crisis de la idea de progreso unilineal e indefinido, y la aparición de corrientes espiritualistas, vitalistas, relativistas, antimaterialistas, como consecuencia de la crisis que sucede a la Primera Guerra Mundial. Esta revisión común tiene especificidades nacionales. En Argentina, la ampliación política y el contingente inmigratorio serán los dos problemas que se expresan en la disputa por las palabras: "nación", "patria", "tradición", "argentinidad". Aun cuando puedan advertirse algunas continuidades de estilo, son más las rupturas y las redefiniciones que las continuidades entre aquellos que pensaron el problema nacional. Por ejemplo, en la *Historia de la Literatura Argentina*³⁵ se advierte en el énfasis puesto en mostrar un espíritu evolutivo y de síntesis en las sucesivas etapas de la literatura argentina en un continuo indio-conquistador-gaucha-criollo-inmigrante. Pero, adosado a este espiritualismo esencialista, Rojas con total conciencia de lo que esto significó en la "Guerra de Naciones", muy tempranamente advirtió los peligros de no cruzar esta idea con la de civismo.³⁶ Así en su obra *La guerra de las naciones*, y en *Eurindia* mantiene un equilibrio equidistante entre los extremo más vehementes entre los que se discutía lo nacional. Otro

34. Plinio Salgado, "Geografía Sentimental"; citado por Pimenta Velloso; M; *Op. cit.*; p.101.

35. La *Historia de la Literatura Argentina* salió publicada en cuatro tomos: "Los gauchescos" (1917); "Los coloniales (1918); "Los proscritos" (1919) y "Los modernos" (1922).

36. "La crisis moral de la sociedad argentina (...) solo podrá remediarse por medio de la educación. Cuidemos, sin embargo de que nuestro afán moralizante no se convierta en fanatismo dogmático y nuestro nacionalismo en regresión a la bota de potro, hostilidad a lo extranjero o simple patriotería litúrgica". En: ROJAS, Ricardo; "La restauración nacionalista". En *Obras de Ricardo Rojas*; tomo I; Librería "La Facultad", Juan Roldán y Cía; Buenos Aires; 1922; ps. 198-9.

caso de revisión es Ingenieros, quien a partir de la Guerra comenzó a considerar la nación como un objeto legítimo de preocupación. La nacionalidad argentina es para Ingenieros una entidad a construir en los diversos planos: ético, cultural, filosófico, social. Es una "civilización en formación, a la que debe imprimirse un sello nacional".³⁷ La nación aparece en la intersección entre el individuo y la humanidad. Los valores que definen la nacionalidad son los universales de trabajo y cultura; el patriotismo nacional conjuga, en la visión ingenierieana, voluntad y acción, catalizados por el principio de la solidaridad colectiva. El diálogo de Ingenieros con el pasado (el pensamiento liberal clásico del S. XIX, Alberdi, Echeverría, Sarmiento) no es para establecer raíces hacia las cuales hay que volver, evitando la "engañadora poesía del pasado", sobre la que él mismo previene. Si bien el civismo es la clave de la nacionalidad, Ingenieros nunca dejará de pensar, aunque se vea matizado en su última producción, en la capacidad de las elites ilustradas para tal construcción. Ingenieros se opuso a la Ley Sáenz Peña apelando a un criterio cualitativo en lugar de cuantitativo para el ejercicio del voto. Su crítica al liberalismo se profundiza a posteriori de la guerra y su propuesta de representación funcional aparece como el mecanismo correctivo de los principios liberal-democráticos, que considera anacrónicos.³⁸ Esta ruptura se hace más evidente en el caso de Lugones, quien eligió el concepto amoral e irracional³⁹ de "fuerza" para definir la nación. Esta revisión deviene críticas a la democracia y al socialismo (para Lugones, en última instancia es una profundización de la lógica del rousseanismo). La metáfora biológica y la idea corporativa se reinstalaron en otra clave. Las naciones, para Lugones, son tales y producen historia sólo a partir de ser un hecho, y ese hecho es una expresión de fuerza. La nación, se ubica por encima de todo, lo colectivo evanesce el interés de lo particular. El tema de la soberanía recorta la posibilidad de la nación. Y, en países como Argentina, la única fuerza capaz de garantizar la reproducción y conservación de la nación hacia lo externo y en lo interno son las Fuerzas Armadas. Lugones asoció la nación a su capacidad para ser potencia y ésta "es unas veces, obra del pueblo; otras de una minoría capaz; otras, de una institución decidida. Porque lo esencial no es que prospere una ideología o un sistema político, sino que *se salve la nación*".⁴⁰ En 1930, Leopoldo Lugones escribiría la Proclama del golpe militar del General Uriburu. El nacionalismo aparece como una ideología "apolítica" trascendente y justificatoria del orden. "La nación como trascendencia, pertenece, según algunos a esas raras entidades que aportan la salvación. Por contraste, la nación aparece a menudo

37. INGENIEROS, J.; "Las ideas sociológicas de Sarmiento.: En: *Sociología Argentina*; Tomo VI.

38. Sobre la representación funcional, véase "La democracia funcional en Rusia"; en: *Los tiempos modernos*; Elmer; 1956; ps.51-73.

39. "La potestad de la nación no es un raciocinio ni una creencia. Es un hecho. Puede raciocinársela, pero no sometérsela a la razón. Todo cuanto la nación puede hacer en su beneficio, está bien hecho". Leopoldo Lugones; *La patria fuerte*; Círculo Militar; Buenos Aires; 1930; p.46.

40. *Ibidem*; p. 63.

reducida a ser vehículo de otros conflictos (religiosos, sociales, étnicos). Es objeto de una politización instrumental: progresista para los liberales del siglo XIX, los socialistas, los descolonizadores; reaccionaria para los antimodernos, los anti-ilustración, los antiindustriales. En este sentido, el Estado ha hecho de la nación un instrumento que se presta a múltiples usos".⁴¹

En Brasil también el debate por las palabras refleja los carriles semánticos por donde transita el problema nacional: la distinción entre *brasildade* (identificada como un estado natural del espíritu expresado en sentimiento nacional intuitivo, visceral) y *brasileirismo* (asociado a una especulación en términos filosóficos, con acuerdo a la razón)⁴² es, en este sentido elocuente. "Peruanicemos al Perú" será la frase expresiva de una preocupación común para desplegar lo que se considera una urgente tarea de integración social. En ambos casos subyace la idea de "salvar" la nación, lo que evidencia una crisis cuyo diagnóstico revisarán los intelectuales del período con particular cuidado. La "mexicanidad" es en los veinte una búsqueda desesperada en la que, como bien señaló tempranamente Pedro Henríquez Ureña en *La influencia de la revolución en la vida intelectual de México*, se destacan los dos trazos distintivos de aquella en ésta: educación popular y nacionalismo. Si la Revolución había echado por tierra la idea rectora del México criollo "el momento histórico exigía dar una expresión concreta a lo mexicano, y dada la efervescencia popular y la fijación de homogeneidad prevalenciente, el factor de identidad étnica no podía ser otro que el mestizaje".⁴³

Hemos desplegado sólo una parte de la compleja constelación de interpretaciones sobre la nación en los años veinte. Pensamos que éstas no levitaban angélicamente en el cielo de las ideas sino que de manera implícita y otras veces explícitamente, se traducían políticamente.

En el contexto de creciente descrédito y crítica del sujeto liberal, consideramos que en los veinte, el terreno interpretativo dominante respecto del problema nacional se hará en términos de "identidad"; esto cuestiona, en el orden político la idea de nación=pueblo soberano y el principio de ciudadanía política (entendido como un ciudadano=un voto), en tanto vínculo contractual, voluntario y racional, describiendo un corrimiento hacia las consideraciones de carácter esencialistas y organicistas. En el plano político esto redundará en una crítica al liberalismo, movimiento de pinzas entre las soluciones corporativas (basadas en la jerarquía, el orden, la autoridad, y el principio nacional como todo omnicompreensivo por encima de la sociedad) o semi corporativas (las denominadas "democracias funcionales") o las soluciones socialistas para las que (a excepción del pensamiento de Mariátegui) la nación no es un principio societal modelador central de las argumentaciones.

41. DELANNOI, G.; *Op. cit.*; ps. 14-5.

42. Adauto Castelo Branco, "Brasilidade", en: *Correio Paulistano*; 11 de agosto de 1928.

43. Basave Benítez, Agustín; *México Mestizo*; FCE; México; 1994; p. 141.

Un denominador común que anima a las distintas lecturas sobre la nación es la búsqueda de un principio alternativo de legitimidad política frente a la crisis. Y una cuota importante en el significado de esta crisis es la aparición de sujetos sociales que impugnan y pugnan por su incorporación al terreno político como protagonistas, que aspiran a ensanchar las naciones, a hacerlas más propias y representativas. En los años treinta y cuarenta la interpelación a la nación es un núcleo del pensar y el hacer político, esto, en muchas interpretaciones, se adjudicó a los efectos que la crisis de 1929 tuvo en las economías latinoamericanas y, consecuentemente, en el reacomodamiento de sus estructuras sociopolíticas e ideológicas. Pensamos, sin embargo, que es la crisis de la primera posguerra la que crea las condiciones para la reflexión acerca de la nación y que es en los años veinte cuando se plantean los núcleos fundamentales de las distintas interpretaciones que harán de la nación (desde distintas ópticas) la base discursiva de interpelación a la unidad de los opuestos y la superación de los conflictos sociales, políticos, regionales y étnicos.